

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro caballero Don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: "Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo." Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Ávila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo: "Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.—Ferido no, dijo Don Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el

tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan si en levantándome deste lecho no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo." Hiciéronlo así; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpétuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refran en ellos de que *pagan á las veces justos por pecadores*. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijese que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: "¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.— No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sábio Muñaton.—Freston diria, dijo Don Quijote.—No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton; solo sé que acabó en *ton* su nombre.—Así es, dijo Don Quijote, que ese es un sábio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.—¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pependencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?—¡Oh sobrina mia!

